



España, con tal que le asegurasen una garantía de la pragmática-sancion; había solicitado de Antonio, duque de Parma, que se casase con una princesa de Módena para privar al infante de España de la sucesión eventual de aquellos Estados, y había procurado, en fin, estorbar este hecho por cuantos medios quedaban á su alcance. Por otra parte, el ministro de Hacienda, D. José Patiño, clamaba contra los austriacos, que con sus continuas demandas tenían siempre exhausto el tesoro, y á él imposibilitado por falta de recursos para plantear las reformas que tenía en el pensamiento: á fin de remediar este mal, corroboró los asertos de Monteleon y adujo pruebas sobre lo mismo. Siguió la voz el tropel de cortesanos, propensos á herir á quien ven próximo á caer; penetróse de la verdad la reina, y habiendo obtenido del emperador una respuesta evasiva cuando le pidió que expusiera sus intenciones con respecto á lo que se había tratado entre ellos, dirigióse en son de amistad á los aliados, que no deseaban otra cosa, y en breve se ajustó un tratado que se firmó en Sevilla el día 9 de Noviembre de 1729, por el cual se unian en alianza defensiva España, Francia é Inglaterra, y más adelante Holanda; se reparaban mutuamente los daños hechos, y se devolvían las presas con empeño de no hacerlas para en adelante; se restituía á los ingleses sus privilegios mercantiles, derogándose los concedidos á los austriacos por el tratado de Viena, y se consentía que D. Carlos pasase á Italia con alguna hueste española, obligándose las potencias firmantes á asegurar su derecho

de sucesion contra quien quiera que se lo disputase.

Suprimíase asimismo la llamada compañía de Ostende, que el emperador estaba empeñado en sostener como beneficiosa. Clamó altamente el Austriaco contra este tratado, y rehusó acceder á sus cláusulas, retirando á su embajador en Madrid, amenazando con una guerra general á todo trance, haciendo entrar tropas en el Milanesado, y ocupando con ellas el ducado de Parma, cuyo poseedor acababa de morir, so pretexto de que había quedado en cinta su viuda: pero por último, obligado por la necesidad y reducido por la intervencion de Inglaterra, accedió al tratado de Sevilla, con tal que las potencias firmantes de él le aseguraran la pragmática-sancion, y en un tratado con fecha del 22 de Julio, quedaron zanjadas las cuestiones particulares entre el emperador y el rey de España. El efecto principal de estos tratados fué apretar la amistad que naturalmente debía existir entre nuestra nacion y la francesa.

El infante don Carlos, niño aún en aquella época, pasó á Italia con algunas tropas, segun lo estipulado, se posesionó de los ducados de Parma y Plasencia, y fué reconocido sucesor del gran ducado de Toscana. Así quedó terminado aquel largo y enfadoso asunto, blanco de tantas intrigas y debates, y colmada por este lado la ambicion de la reina, tanto más, cuanto que habiendo nacido en 1729 un heredero al rey de Francia, debió aquella perder las esperanzas de colocar á su hijo en el trono de la nacion vecina.

## CAPÍTULO VI

### Reconquista de Oran.—Guerra de la sucesion de Polonia.

La reconquista de Oran, llevada á cabo despues de lo que queda referido, fué empresa mucho más útil para nosotros que cuantas se intentaron en aquella época. Habíanse apoderado de dicha plaza los moros en 1708, capitaneados por un renegado español de baja esfera, conocido por el apoyo de *Bigotillos*, á quien aquel hecho granjeó la dignidad de bey de Oran. Cumplia al honor de nuestra nacion remediar inmediatamente aquella pérdida y castigar á los agresores; pero ocupado con los aprestos de la guerra de sucesion, y despues con los empeños en que lo metió, ya la propia, ya la ajena política, no pudo Felipe V trabajar en el recobro de Oran hasta este tiempo, zanjadas ya todas las diferencias que habían llamado la atencion de la Europa. Verificáronse los preparativos con el sigilo que en caso semejante acostumbraba usar nuestro gobierno; sigilo que, como en otras ocasiones, despertó recelos en las demas potencias, aleccionadas ya por lo que sucedió cuando la expedicion de Sicilia. Concluido todo el trabajo preparatorio, pasó á Africa el conde de Montemar con un ejército de treinta mil hombres en una escuadra compuesta de doce navíos de guerra, dos fragatas, dos galeotas, doce faluchos armados y sobre cuatrocientos buques de transporte:

apresto formidable, y cual hacia muchos años no se había visto aportar á las playas de Berbería. Por una estraña combinacion de los sucesos, fué Riperdá, de cuyas aventuras se ha hecho sucinta mencion en uno de los capítulos anteriores, quien puesto ahora á la cabeza de los moros guerreó con buen ánimo contra las tropas de Montemar. Efectuaron éstas en buen orden el desembarco, y despues de algunas escaramuzas de poca monta, trabaron batalla con las huestes de Riperdá, que eran en número de veintidos mil moros y dos mil turcos, además de una gran muchedumbre de combatientes indisciplinados, y fueron vencidos con bastante pérdida los bárbaros, quedando por nuestra la plaza de Oran el día 1.º de Julio de 1732. Conseguido esto, volvió Montemar á España con la mayor parte de la armada, habiendo antes intentado inútilmente establecer el sitio de Argel, y habiendo asimismo aplazado la toma de Mostagan, encomendada al marqués de Villadarias, porque el viento impidió que las naves cooperasen con las fuerzas terrestres al logro de aquella tentativa, segun estaba dispuesto en el plan de las operaciones. Quedó por gobernador de Orán el marqués de Santa Cruz de Marcenado, quien tuvo que sufrir mucho por la continua lid de los indige-





nas, que lo tenían estrechado en la plaza é in-festaban los contornos bajo la conducta de Ali-Den, renegado francés, y al fin murió peleando contra ellos en una accion de la que sus tropas reportaron la más completa victoria. Sucedióle en el cargo el marqués de Villadarias.

Mientras teníamos este logro por la parte de Africa, por otra se nos preparaba una guerra en la que más habian de jugar nuestras armas que nuestros intereses. Era el motivo de ella la sucesion de Polonia. Murió el rey de esta nacion Augusto III, y Luis XV se empeñó en volver á colocar la corona en las sienas del destronado Estanislao Leczinski, su suegro; los emperadores de Alemania y Rusia sostenian en igual pretension á Augusto, elector de Sajonia é hijo del difunto rey de su mismo nombre. Estanislao atravesó encubiertamente la Alemania, se presentó en sus antiguos estados, y fué elegido rey en dieta parcial celebrada por sus adeptos en la llanura de Vola. Pero aún no habia tenido tiempo para encargarse del gobierno, cuando los dos emperadores metieron sus tropas en el territorio polaco, hicieron salir de allí al protegido de Luis XV, declararon nula la eleccion, y en segunda dieta hicieron que Augusto resultara nombrado rey. Cundió por Europa la noticia de este trastorno, despertando en todos los ánimos encontrados sentimientos: despues de haber perdido mucho tiempo en negociaciones diplomáticas, apelaron unos y otros á las armas, haciéndose á un lado franceses y españoles contra rusos y austriacos. La reina de España era la que más habia levantado en esta ocasion el espíritu de su marido, y contrarestando las tendencias pacíficas del ministro de Luis XV, para que se decidiese la guerra, no tanto á la verdad por el interés que tuviera en sostener los empeños de la nacion vecina, ni en dar á los polacos rey á su gusto, cuanto por acrecentar en Italia el poderío de su hijo don Carlos, segun se fueran proporcionando los sucesos, y para imponer al emperador de Alemania, que no cesaba de promover pleitos y dificultades sobre el modo de posesion de los ducados de Parma y Plasencia. Sobre Italia, pues, se

dirigió el lleno de nuestras fuerzas, que en cualquier otra parte hubieran sido mejor empleadas. La Cerdeña se unió para el efecto á la familia de los Borbones.

El conde de Montemar pasó á Italia, conduciendo un ejército de veinte mil hombres, que efectuó su desembarco en la costa de Génova, y pasando desde allí á Toscana, asentó su campo en los contornos de Siena. Los franceses, que además de haber traspasado la línea del Rhin con un ejército á las órdenes de Berwick, habian enviado sobre el Milanésado otro bajo la conducta de Villars, al que se habia incorporado una division sarda, esperaban que las tropas de Montemar vinieran á cooperar con ellos para la ocupacion de la Lombardia; pero no sucedió así, porque de otro modo lo habia dispuesto la ambicion de la reina.

El infante don Carlos, que tenia entonces catorce años, bien fuese por propia inspiracion ó por secreto consejo de su madre, se hizo declarar mayor de edad y gobernante de hecho como de derecho, y tras estos salió de Parma, se reunió al ejército español en Siena, y se tituló su generalísimo. Toda aquella fuerza se dirigió al punto y con giro inesperado hácia Nápoles, reino donde los españoles conservaban algunas simpatias, y se habian granjeado los imperiales la aversion popular. Hizo Carlos á los napolitanos en un manifesto sendas promesas, á nombre de su padre y suyo, de aligeramiento de tributos, extension de franquicias, gobernacion suave, y no establecer en aquellos dominios la inquisicion ni otro tribunal nuevo, y con esto logró que aquella gente se declarase tan en su favor, que ya desde entonces dieron los austriacos tan buena posesion por perdida. El virey se retiró á Roma, y los dos generales Carafa y Trann resolvieron mantenerse á la defensiva, mientras, como sino fuesen bastantes las fuerzas que dirigia Montemar, vino á la costa una escuadra con una division de ocho mil hombres conducida por el conde de Clavijo, el cual ocupó las islas de Ischia y Procida, facilitando así el ataque de la capital.

El ejército español emprendió la invasion con tan buena suerte, que en breve se vieron



reducidos los imperiales á las dos únicas plazas de Capua y Gaeta. El 10 de Abril de 1734 empezaron á efectuar los españoles su entrada en Nápoles, haciéndola de allí á poco don Carlos con gran pompa y aclamaciones del pueblo afecto á novedades y esperanzado de mejoras: el infante se declaró rey de las Dos Sicilias por la autoridad de su padre, y empezó de seguida á parar mientes en las ciudades de su nuevo gobierno.

Montemar entretanto, puesto en persecucion de los austriacos que se habian reforzado hasta el número de nueve mil hombres, los atacó con doce mil cerca de Bitonto, donde habian tomado una posicion bastante fuerte, y los batió con tanto vigor, que cayó prisionero casi todo el ejército imperial, excepto cuatrocientos hombres que debieron su salvacion á haber sido más listos ó más afortunados en la fuga. Siguió esto la toma de Capua y Gaeta, á pesar de la mucha energia con que sostuvo el general Trann este último punto, y la solemne coronacion de Carlos, purgado de alemanes todo el reino de Nápoles. La reduccion de Sicilia no se hizo esperar mucho ni costó ningun trabajo, habiéndose repetido en Palermo la ceremonia de la coronacion el dia 3 de Julio. El papa, temeroso de los españoles, se mantuvo neutral en aquel caso, y rehusó el homenaje que como rey de Nápoles solia tributarle el emperador, lo cual fué dar una muestra tácita de aprobacion. Montemar, en premio de sus buenos servicios, fué elevado á la categoria de duque y grande de España.

Al año siguiente desembarcó con nuevas tropas en Toscana, y uniéndose al ejército franco-sardo, que habia conseguido por su parte grandes ventajas en el Norte de Italia, redujo á Orbitello y fué establecido el bloqueo de Mántua. Unos tumultos suscitados contra los españoles en los Estados Pontificios, dieron á aquéllos ocasion para ejercer rigores y exacciones, y áun para que se declarasen preliminares de guerra entre ambas córtes, á no ser porque el papa se allanó á dar humildes satisfacciones á la nuestra, dando para congraciarse el capelo de cardenal y la administracion del arzobispado de Toledo, al infante D. Luis, de edad á la sazón de diez años.

En tal estado seguian los asuntos de Italia, cuando Inglaterra y Holanda mediaron para terminar las hostilidades, y obtenido el consentimiento de Francia y Cerdeña, acordaron un armisticio para la conclusion de un tratado de paz, cuyos preliminares fueron la garantia de la pragmática sancion por Francia; el reconocimiento de D. Carlos como rey de las Dos Sicilias por el emperador; la adquisicion de Parma y Toscana hecha por éste para indemnizarse de la pérdida anterior, y otros artículos de menor importancia. Llevó muy á mal la córte de España este acomodo hecho sin participacion suya; pero colocada en una posicion muy crítica por su propio aislamiento y por las amenazas de los demas, despues de mucha dilacion y resistencia, firmaron el rey de España el 18 de Mayo de 1736, y despues su hijo, el rey de Nápoles, los referidos preliminares. A éstos siguió el tratado definitivo, que no sin que ántes ocurriesen muchas diferencias, demandas y altercados, se concluyó en 1739, y fué aceptado el dia 2 de Abril por los reyes de España y Nápoles. Cedió la Francia de sus pretensiones, consintiendo en que Augusto ocupara el trono de Polonia, motivo de la pasada guerra; D. Carlos recibió del pontífice la investidura del reino de las Dos Sicilias; muerto en 1737 el gran duque de Toscana, pasaron sus dominios á poder del duque de Lorena, yerno del emperador, incorporándose la Lorena á la Francia, y todo lo demas quedó arreglado segun se dispuso en los preliminares.

En este intermedio habian sucedido dos cosas notables para nosotros. Fué la primera, la desavenencia que de leves principios estalló entre nuestra córte y la de Portugal, y creciendo con más rapidez de lo que podia esperarse, dió lugar á quejas y malos tratamientos de una nacion á otra, y á un ataque contra la colonia del Sacramento, tenida por los portugueses. Estos fueron expelidos (que era tal vez el objeto principal de aquella disension estudiada) de las colonias que habian fundado ilegítimamente en nuestro territorio. Tras esto vino la paz, solicitada por las demas potencias, y aceptada con facilidad por las dos disidentes.





El otro suceso, más lamentable y trascendental para España, fué la muerte del ministro D. José Patiño, ocurrida el 3 de Noviembre de 1736, á los pocos dias de haber sido hecho grande de España. Fué á la verdad un hombre muy honrado, celoso é inteligente, que dió gran impulso al comercio, á la marina, y en general á la prosperidad de nuestra nacion, si bien lo culpan algunos por haberse sujetado demasiado á los interesados planes y caprichos de la reina su protectora. Mucho se ha extrañado á nuestro parecer la opinion de los historiadores sobre este ministro: quién halla pequeño en su comparacion á Colbert; quién lo asimila á un cortesano de baja esfera. De todos modos tiene nuestra nacion motivos para felicitarse de la administracion de Patiño, y eso que fué desempeñada en circunstancias muy difíciles y en medio de la más árdua lucha de intereses y de intrigas.

Creóse á la muerte de Patiño un ministerio cuyo presidente fué D. Sebastian de la Cuadra, paje que habia sido del marqués de Grimaldo, acompañado del marqués de Torrenueva para Hacienda, del duque de Montemar para Guerra, y D. Francisco Varas para Marina é Indias.

Habia entre nosotros y la Gran Bretaña una tan marcada discordia de intereses, que á las frecuentes disputas sobre arreglos mercantiles no podia ménos de suceder un rompimiento. Miraba por una parte aquel gobierno con recelosa antipatía todo aumento de la casa de Borbon, á la que, pese á sus protestas, consideraba como su natural enemiga, y escociale además á Felipe V la pérdida de Gibraltar y la de Menorca. Habia empero entre una y otra nacion esta diferencia: el choque de los ingleses era dirigido especialmente contra el gobierno de Felipe V, sin comprender á la masa de sus vasallos, y Felipe tenía que resistir al pueblo inglés por entero, tan liberalmente entremetido en los negocios públicos, sin cuidarse mucho de su rey ni de las individualidades de su gabinete. En fin, sea como fuere, ello es que la artificiosa alianza que se habia establecido entre las dos naciones, carecia de bases sólidas, y á poco de fundada amenazaba por todas partes ruina.

Los ingleses habian obtenido de nosotros grandes ventajas en el comercio de América; pero siempre se habia eludido por nuestra parte el cumplimiento de estas ventajas, lo cual dió lugar á prolijos altercados. El ministro inglés, Mr. Walpole, hubiera deseado arreglar por via de paz todos aquellos negocios; pero contrariábalo la impaciente energia de las cámaras y la tenaz resistencia de nuestro gobierno. Hiciéronse dos arreglos sucesivos, y ambos fueron inútiles; el primero en Londres, á cuya ratificacion se negó nuestra córte, y el segundo se concluyó en el Pardo, bajo buenas condiciones, y fué rechazado por las cámaras inglesas. Walpole, á pesar de sus instintos pacíficos, se vió obligado á ceder á las ardientes excitaciones del país, y despues de una fórmula de conferencia para ver si todavia podia hallarse alguna manera de convenio, declaróse por ambas partes la guerra.

Esta tomó un carácter singular, siendo vasto teatro de ella el Océano Atlántico y nuestras posesiones de América. Salió de nuestros puertos muchedumbre de buques armados en corso, y sacó de los enemigos considerable número de presas. De Inglaterra salió con una regular escuadra el almirante Vernon, y despues de haber intentado en vano apoderarse de unos buques cargados de azogue y otras materias preciosas, que estaban surtos en el puerto de La Guaira, tomó por capitulacion á Portobelo, que por inútil á sus fines hubo de abandonar en seguida despues de haberla desmantelado, y cuyos habitantes para burlar la codicia británica, habian retirado de antemano la mayor parte de sus riquezas. Todo esto más que nada contribuía á agriar recíprocamente los ánimos y á afirmar excitándola la enemistad de las dos naciones.

Guarneciéronse y fortificáronse los puntos de más importancia que nos pertenecian en el Nuevo-Mundo, y envióse allá una escuadra á las órdenes de Pizarro, descendiente del conquistador del Perú. Nuestros enemigos equiparon otra escuadra de veintidos navíos de línea, en la que iba fuerza de ocho mil hombres, y que, destinada á hostilizar nuestras plazas sitas en la costa de Cantabria, torció su



rumbo por oposicion de los vientos y nuevo acuerdo de los jefes, uniéndose á las naves de Vernon, que tomó el mando general marítimo, así como lord Wentworth el terrestre, y volviendo á Europa sin haber hecho nada, por haber entrado ya la mala estacion y haber perdido mucho tiempo los ingleses en temores y preparativos. Salió de nuevo al mar la misma expedicion, é hizo rumbo á Cartagena de Indias, que ya habia tenido tiempo de ponerse en buen estado de defensa, y cuya expugnacion dificultaba aún más el esfuerzo de su guarnicion y el generoso denuedo del virey de Nueva Granada, don Sebastian de Eslava. Así fué que los ingleses, á pesar del arrojó con que se lanzaron al ataque contra la plaza, y de la seguridad que tenian de tomarla (como que tenian acuñada moneda para celebrar en Londres esta victoria), fracasaron en la empresa, despues de haber perdido mucha sangre en ella, y de haber llegado á trance de desembarco y de asalto, retirándose desconcertados y perseguidos por los sitiados, que les hicieron sufrir mucho con salir tras ellos.

No tuvo mejor fin otra tentativa que hicieron contra la isla de Cuba. Entraron en el puerto de Santiago de Cuba, al cual dieron el nuevo nombre de Cumberland; pero careciendo de fuerzas para llevar adelante la empresa, se recogieron á Jamaica, terminando así todos los hechos de esta malograda expedicion, y quedando desavenidos los jefes, perdidos ó estropeados los buques, exhaustas las municiones y pertrechos y menguado en dos mil hombres el número de la gente útil por causa de las enfermedades y de las armas españolas.

Con mejor fortuna, aunque sin lograr tampoco ventajas de mucho bulto, recorría las costas americanas del mar del Sur el comodoro inglés *Anson*, en cuya persecucion fué con sus naves el general de marina D. José Pizarro. A unos y otros afligieron mucho los tempestuosos vientos que les asaltaron al doblar al cabo de Hornos, y el mortífero escorbuto que se desarrolló en ambas tripulaciones. *Anson* efectuó algunos saqueos por aquellas costas del Perú y Chile, entre otros el de la villa de Paita, y despues de haberse detenido algun tiempo en la

isla de Juan Fernandez para remediar las fatigas y dolencias de su gente, se hizo de nuevo al mar, y capturó el rico galeon titulado *Nuestra Señora de Covadonga*, que viajaba en la línea de Acapulco á Manila, y que fué la presa de mayor consideracion que en toda aquella temporada hicieron los enemigos. Así terminaron por entonces aquellas tentativas, frustradas unas y destinadas otras más bien al enriquecimiento de los apresadores que al provecho nacional, ni á establecer por armas el predominio de una potencia sobre otra.

Mientras esto pasaba en las apartadas regiones de allende el Atlántico, suscitábanse en Alemania grandes conmociones y peligros. Murió el emperador Carlos VI, y aunque la sucesion en sus Estados hereditarios correspondia á su hija María Teresa, segun estaba arreglado por la pragmática sancion, la esperanza de añadir cada cual á sus dominios un pedazo de las extensas posesiones que tenía la casa de Austria, y la poca resistencia que creian hallar en la flaca mano de una mujer, hicieron que la pragmática sancion no fuera respetada como debiera, y como habian prometido casi todos los principes de Europa, y una porcion de pretendientes se alzaron de consuno, con motivos más ó ménos livianos y derechos más ó ménos reales, contra los dominios de la casa de Austria. Esta se habia suscitado desde muy antiguo la aversion de la Europa. Dió la señal del ataque el elector de Baviera, á quien despues nombró emperador la Dieta, y lo fué bajo el nombre de Carlos VII: siguieron el arranque el rey de Polonia y algunos principes alemanes; la Prusia y la Francia hicieron alarde de sus esperanzas ambiciosas, y el mismo Felipe, como ligado con lazos de parentesco á la descendencia de Carlos V, expuso á la Dieta pretensiones sobre la Hungría, la Bohemia y los demas Estados de la casa de Austria. No eran en verdad estas exorbitantes pretensiones el objeto sobre que tenía fija la vista Felipe V, y sólo esperaba que le allanasen ellas el camino para realizar el proyecto que hacia tiempo tenía fijo en el ánimo, y que le habia sugerido la reina en favor de su hijo Felipe. Hecho ya Carlos rey de las Dos Sicilias, como va dicho